EL DIA

AÑO III - Nº 104.
Montevideo, Octubre 14 de 1934



De vuelta al puerto.

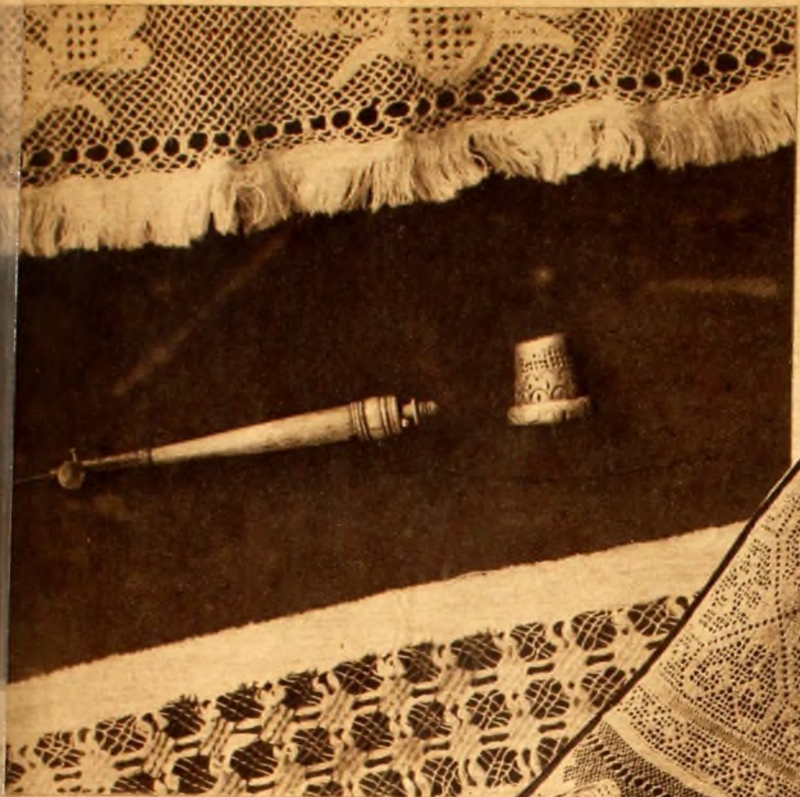
Foto J. Caruso



El espectáculo revisteril de la compañía francesa Earl Leslie

Apuntes de Vernazza

~Cribos~



...TA AGUJAS DE MARFIL, CON EL ... NUESTRAS PATRIARCAS EJE... ...BAN TRABAJOS PRIMOROSOS DE CROCHET

DEDAL ANTIGUO



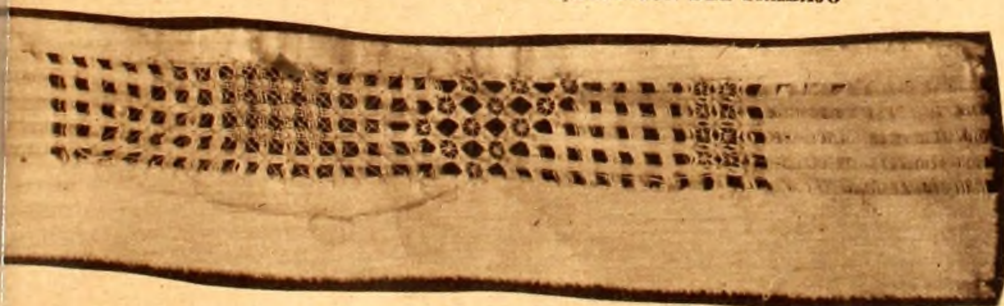
CALZONCILLO — "CRIBOS" EN LA PARTE SUPERIOR — "RANDA" EN LA INFERIOR



...OS DEL HILO ESPECIAL PARA ESOS TRABAJOS



INICIACION DEL TRABAJO



MUESTRAS DE "CRIBOS"



"CRIBOS" PARA UNA TOALLA

ESTAS PIEZAS FORMAN PARTE DEL ACER. VO DE LA FAMILIA HORDEÑANA-PINTO Y PROVIENEN DE SUS ANTEPASADOS, FUN. DADORES DE MONTEVIDEO, DON AGUSTIN DE HORDEÑANA (CABILDANTE), MATEO BARRERA Y JOSEFA MELO, BARBARA BA. RRER Y FCO. PEREZ FONTAN



VARIOS "CRIBOS" YA REALIZADOS

FUNDA

EL trabajo llamado "Cribos" era una labor que ejecutaban las mujeres en épocas anteriores a nuestra independencia—desconociéndose su iniciación y procedencia— y que duró posteriormente algunos años, trabajo éste que quedó en desuso por otros de la misma característica que siendo más vistosos no exigían la paciencia , el esfuerzo visual y un término tan largo de ejecución.

Los efectuaban sobre género de hilo cuya aplicación era diversa, como ser fundas, toallas, manteles, carpetas, etc. Los célebres calzoncillos de nuestros gauchos presumidos, los realizaban sobre una tela muy parecida a la que hoy conocemos por liencillo, pero de una calidad muy superior y que según la presunción del que lo vistiera, le agregaban la "Randa", trabajo que, independiente de aquél, constituía el sumum de la elegancia gauchesca.

Los "Cribos" se realizaban en la forma más o menos parecida a lo que hoy se conoce por Filtiré, es decir, sacando hilos de la tela y bordando con una aguja e hilo de coser muy fino, variando el dibujo y los puntos, pudiendo llevarse éstos al infinito, según la capacidad, el gusto y la paciencia de la ejecutante.

La "Randa" era simplemente una malla bordada, vistosa, con su correspondiente fleco que no tenía el valor de los "Cribos" pero que le daban conclusión a éstos.

Gente Menuda





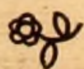
Raquel Piaggio García.

FOTO MARCHESE.

Gloria Susena Spangember

FOTO MARCHESE

Eda Raquel Torres Caruso.



Julio Lagomarsino

FOTO FIGOLI.—

Martha Teresita Ardao. FOTO MARCHESE.







sociales



Sta. Raquel Gladys Vallebona Pereyra.

Es una foto por frangella hnos.

DE LA ALEGRE BOHEMIA

EL GRAN GALEOTO



Varios meses hacía que mi familia habitaba en el número cuarenta y dos de la calle Damrémont. Ocupábamos el piso quinto. Era un cuarto pequeño, pero lindísimo, con suelo de madera encerada y espejos sobre todas las chimeneas, que en las tibias mañanas azules se llenaba de sol. Sus balcones dominaban un generoso horizonte: á la derecha negreaban los montes históricos de San Dionisio; al frente y algo desdibujadas en la distancia, aparecían las perspectivas verdes de Clichy, Levallois-Perret, Courcelles y otros arrabales vecinos del Sena; á la izquierda, por entre dos casas, asomaban algunos cipreses del Cementerio del Norte, llamado también de Montmartre, donde duermen las cenizas de Gautier, de Mürger y de Zola.

Estábamos á fines de Mayo; el mes que en España huele á azahar y tiñe con sangre de amapolas los trigales. A los postres, lancé contra el mantel estas palabras desconcertantes:

—¿Queréis regresar á Madrid mañana mismo?

«Los míos» me observaban asombrados, con un estupor que, por segundos, iba resolviéndose en alegría vivísima. Los rostros amados, humildes, ingénuos, se llenaban de luz.

—¿Y tú?—preguntaron.

—Yo—repuse—iré más adelante. Por el momento, tengo aquí algunos asuntos que no puedo dejar.

Con el propósito de madrugar nos acostamos pronto. Por la ventana que adrede dejamos abierta, penetraba la rubia claridad de la luna; los muebles se abocetaban en la penumbra espectral. Yo pensaba, ingrato: «Mañana no os veré...» Y esta idea me complacía. Dormí bien. Aquella noche, en que al contento de mi familia en repatriarse agregaba yo el de quedarme nuevamente sólo y libre, es una de las más felices que recuerdo.

A la mañana siguiente, bien temprano, fuí á un baratillo de la calle Lamarck.

—¿Quiere usted comprar unos muebles?—propuse al prendero.

—Sí, señor.

—Pues, véngase usted conmigo.

—Habré de cerrar la tienda; en este momento estoy solo.

—Ciérrela usted. Yo no puedo esperar.

Accedió, viendo en mi impaciencia la probabilidad de un buen negocio. Subimos á mi casa.

—¿Qué vende usted?

—Todo.

—Eso no es contestar—repuso—; concrete usted; porque esos retratos, verbigracia, no pensará usted venderlos.

—Sí, señor; también los retratos. Los muebles y los retratos y los enseres de cocina y las esteras y los libros. ¡Todo! ¿No oye usted que todo?...

Sonrió:

—Es que yo sólo pago los muebles; lo demás no tiene valor para mí. Unicamente si usted me lo regalase...

—Sí, señor: se lo regalo, á condición de que se lo lleve usted todo, absolutamente todo, antes de mediodía.

Comenzó á tasar en silencio; se acercaba á los muebles, como para olerlos, los palpaba y seguía adelante. Yo comprendía que iba sumando y á cada momento parecíame que en su frente, como en las cajas-registradoras, iba á pintarse un número. Me miró:

—¿Y la cama?

—También.

—¿Y los colchones?

—También los colchones. ¡Todo!

Este adjetivo, repetido á cada momento con vehemencia vibrante, uníase en mi espíritu á una noción de libertad. ¡No tener casa, no tener muebles, reducir aquellos objetos á billetes del Banco!... ¡Qué bien!... A partir de ese instante, nuestra vida ofrece tres momentos exquisitos: primero, el coche que con nuestro equipaje en el pescante, rueda camino de la estación; después el tren, que parece huir del coche, demasiado lento, hacia una playa; finalmente, el trasatlántico, que á su vez escapa del tren y de la costa...

El prendero, sin hablar, con el aire absorto de un hombre que suma, iba de habitación en habitación. Yo le seguía pisándole los talones, afligido por el temor de que hubiese algo que no quisiera, ni de balde. Al cabo, volvióse hacia mí y secamente, como si me diese un golpe en el pecho, declaró:

—Doscientos francos.

Pensé soñar. ¿Cómo?... Por una cama con su colchón, un armario de luna, una mesa de comedor, un sofá, dos butacas y media docena de sillas, amén de varios cuadros, libros, objetos de cocina y otras frivolidades, ¡doscientos francos!... ¡Miserable!...

—No puedo ofrecerle á usted más—añadió.

Hizo ademán de irse y su frialdad despectiva me angustió y sofocó como si la mano de un hércules me cogiese del cuello. Miré mi reloj. Las once. ¡Qué tarde! El tiempo y el mercader parecían haberse puesto de acuerdo. Cedí.

—Bueno, conformes. ¡Pero empiece usted á llevarse los muebles ahora mismo!

—Al instante.

Se marchó y regresó á poco acompañado de dos individuos taciturnos y anchos de espaldas. Fué una visión de cinematógrafo. Mientras nosotros, á porfía, guardábamos nuestras ropas en un baul...—¡todas cabían en un baul!...—las sillas, las esteras, las mesas, iban desapareciendo, escalera abajo, á lomos del chamarilero y de sus acólitos. La escalera parecía un esófago. En menos de media hora la deglución del ajuar quedó hecha. Entonces el mohatrero me abordó, sonriente.

—Aquí tiene usted sus doscientos francos, y... ¡buen viaje!...

Le dí las gracias. Tasar toda mi hacienda en cuarenta duros y desearme luego un viaje feliz, era algo desconcertante. Evidentemente, el chamarilero de la calle Lamarck era un fiero ironista.

Limpio ya de cuidados, almorcé con mi familia en un restaurant próximo al Quai d'Orsay, y después nos fuimos á la estación, á pasar la tarde. Mi hija se echó á dormir. Cándida, que no sabía francés, estaba muy triste, y su tristura crecía según el instante de la despedida iba acercándose. En el fondo de aquella pena había un miedo; el miedo á viajar por un país cuyo idioma no entendemos. A cada momento, me decía:

—Lo malo es llegar á Irún, ¿verdad?... Una vez en Irún, como allí se habla español...

La pueril inocencia de tales reflexiones, me removía el alma. ¡Pobre compañera! ¡Verdaderamente no era correcto dejarla así, sola, á tantas leguas de la Puerta del Sol!... Bajito, muy bajito, mi conciencia caballerosa murmuraba:

«¿Por qué no las acompañas hasta la frontera?...»

Empecé á sumar: «Tanto», de París á Irún; «tanto», de Irún á Madrid... ¡Imposible! El cociente era aterrador; faltaba dinero; mi cartera y mi hidalguía, según costumbre, se llevaban muy mal. ¿Cómo no pensé en esto antes? ¿Por qué perteneceré á ese desdichado grupo de hombres que siempre suman «después»?...

No obstante, todavía me quedaba un recurso; buscar más dinero; siquiera el necesario para llegar á España. Eran las cuatro, el tren partía á las seis, y dos horas dan mucho de sí. Sin detenerme á explicar el plan que acababa de discurrir, salí de la estación y tomé un coche.

—¡Calle Visconti! ¡A escape!...

Entré en la Librería de la Viuda de Bouret, como un huracán.

—¿El señor Director?

Mi rostro debía de tener una expresión inusitada porque, sorprendidos, todos los empleados de la administración se pusieron de pie.

—El señor Director, está en su despacho...

Le hallé, como siempre, escribiendo y rodeado de libros; cortés, ecuánime, tranquilizado por la luz suave de la habitación.

—¡Mr. Bouret!—dije sin preámbulos mientras le estrechaba la mano;—debo regresar á España esta misma tarde y necesito cincuenta francos. Hace tiempo que no escribo para esta casa; sin embargo, usted me los prestará. ¿Nos es cierto? Yo se los devolveré en seguida, ó en dinero ó en trabajo, como usted guste...

¿Fué la sorpresa? ¿Es que mis ojos hallaron en aquel instante el secreto de la fascinación? ¿Acaso mi voz vibró de un modo irresistible y nuevo?... Indudablemente hubo algo de sugestión, porque el señor Bouret, sin lucha, sin una objeción, sin un gesto, con la impasibilidad de un autómata, repuso:

—Hágame usted el recibo.

Y luego:

—Le deseo un viaje agradable.

De bonísima gana le hubiese abrazado. ¡Ah! Mr. Bouret no era un ironista, como el mercachifle de la calle Lamarck; el señor Bouret era un caballero.

Escapé de la librería y dí orden al cochero de llevarme á la calle Damrémont. Llegué á mi casa y sin tiempo de preparar mejor equipaje, guardé todos mis enseres de tocador en una caja de cigarros habanos. Al marcharme, recogí del suelo un ejemplar de *El gran galeoto*.

—Me servirá para leer en el tren esta noche—pensé.

ooo

Al otro día llegamos á Irún, donde hubimos de pernoctar, pues aunque el rápido «París-Hendaya» enlazaba con el expreso de Madrid, en aquella época ¡ay! los expresos españoles no arrastraban vagones de tercera. Debíamos, por tanto, esperar allí el correo del día siguiente. ¿Qué hacer? Empleamos la tarde en visitar los alrededores de la población, la antigua Iturisa ó Idamusa, que con ambos nombres la designa la Historia; nos asomamos á las callejuelas de Fuenterrabía, la heroica, tan memorable por los tremendos asedios que ha resistido como por la bondad de sus escabeches, y complacimos nuestros ojos en la áspera majestad del monte San Marcial, de triste recuerdo para los franceses. La noche la pasamos en un hotel, cuyo nombre he olvidado; fué para nosotros una especie de «noche triste». Yo, sin embargo, no estaba abatido; todo aquello era extravagante y, de consiguiente, muy ameno; me acordaba de Hernán Cortés y comparando su retirada gloriosa con la mía, hasta sentía ganas de reir.

Amaneció y fuimos á la estación. Mi indumentaria era bastante rara. Consistía en unas botas de charol nuevecitas, un sombrero blando de fieltro gris y un larguísimo gabán de color castaña; un gabán napoleónico de doble botonadura, muy entallado, con faldones, grandes solapas y un cuello alto de terciopelo, estilo Imperio. Con aquella prenda anacrónica y exótica me parecía á Camilo Desmoulins, á Danton, á Robespierre. Era un gabán que hacía pensar en la guillotina. Mi niña, con la alegría de viajar, iba muy contenta. Cándida se apoyaba en mi brazo, afligidísima.

—¿Volveremos á reunirnos pronto, verdad?

—Sí, mujer.

—¿Y cómo te las arreglarás para salir de aquí?

Yo, con la cajita donde guardaba mis enseres de limpieza debajo del brazo, me encogía de hombros. No estaba contento, tampoco estaba triste; disfrutaba un bello momento de impasibilidad, ó lo que es lo mismo, de superioridad. Verdaderamente aquel gesto estoico merecía un retrato. Mi familia me sonreía desde la ventanilla de un vagón. Un empleado se aceleraba á lo largo del convoy, cerrando portezuelas. Silbó la locomotora, vibró una campana, sonó un pito. El tren se puso en movimiento.

—Adiós... adiós...

—¡Buen viaje!...

Ellas movieron sus pañuelos; yo, sólo enmedio del andén, correspondía al saludo agitando sobre mi cabeza, como una bandera, el ejemplar de *El gran galeoto*.

Inmediatamente regresé al Hotel, donde escribí una carta á mi amigo *Claudio Frollo*—á la sazón se hallaba en París—explicándole la comicidad de mi situación y rogándole me enviase, á correo vuelto, cincuenta francos.

Las circunstancias que me asediaban eran, efectivamente, de una donosura y de una originalidad insuperables. Pasar amarguras en París... ¡bueno!... Pasarlas en Madrid... ¡tampoco tiene nada de extraordinario!... ¡Pero, en Irún!... Quedarse sin dinero en un pueblo así, colocado precisamente en el término ó línea divisoria de dos grandes naciones, me daba la impresión de hallarme en un ascensor que bruscamente se hubiese detenido entre un piso segundo y un piso tercero, por ejemplo. No podía subir, no podía bajar. Irún era para mí una especie de jaula; algo grotesco, una farsa de circo...

A falta de ocupación más lucrativa, durante seis ó siete días, me dediqué á registrar aquellos alrededores. Nunca he paseado tanto. Todavía, á pesar de los años transcurridos, podría hablar de Fuenterrabía y de Irún como si jamás hubiese salido de allí. Recuerdo todos los caminos, todos los rincones, todos los murmurios de sus playas. ¡Ríete, lector!... Ríete, porque hay motivos. La gracia del episodio que voy narrando, es, como dice la gente de teatro, una gracia «de situación»; nace del contraste entre mi gabán y los versos de *El gran galeoto*, y el paisaje de Irún.

Como mi absoluta penuria me impedía fumar, beber café y adquirir periódicos, yo no hacía, desde la mañana á la noche, más que pasearme y estudiar *El gran galeoto*. No hablaba con nadie y me hallaba ignorante de todo y cual separado del mundo. ¿Continuaba habiendo república en Francia? ¿No habría desaparecido El Escorial?... Una emoción de silencio me circundaba; Irún era como un islote solitario, como un globo entre nubes, como un buque en el mar.

Para aliviarme de mi desamparo, leía continuamente *El gran galeoto*, unas veces callando, otras en alta voz, y hasta llegó á parecerme que entre mi situación y lo dicho por los personajes del drama había notables concomitancias. A trozos la obra parecía escrita para mí. Verbigracia:

Por las tardes, camino de Fuenterrabía, exaltado bajo la esplendidez del panorama, no cesaba de repetir, con «Teodora»:

«¡Hermosa puesta de sol!
¡Qué nubes, qué luz, qué cielo!
Si en los espacios azules
está el porvenir impreso,
como dicen los poetas
y nuestros padres creyeron..., etc.»

De noche, si al meterme en la cama experimentaba una depresión, un abatimiento, la excelente «Teodora» también acudía á traducir mi pena con nuevos versos. Yo no podía pensar en el silencio de *Claudio Frollo* sin decir con la esposa de «Don Julián»:

«¡Qué angustia siento en el alma...
qué desconsuelo... y qué frío!...

Si al entrar ó salir del hotel advertía en su dueño cierta hostilidad hacia mí, exclamaba mentalmente, claro es, y tuteándole:

«Algo noto en tu mirada,
y algo revela tu afán...»

¿Desconfiaría aquel hombre de mí? ¿No creería que yo, según le manifesté, iba á recibir «fondos» de España de un momento á otro? ¿Me juzgaría capaz de establecerme en Irún? ¿Le habrían hablado mal de mí y el recelo de perder el importe de mi hospedaje destrozaba su alma?...

«¡Ah! ¡La calumnia es segura;
va derecha al corazón!...»

De esta presunción otros versos me consolaban. ¡Ya podía el hostelero desconfiar y pudrirse! ¡Peor para él! Yo permanecería en Irún todo el tiempo preciso. ¡Nadie me arrancaría de allí! ¡Ni hecho pedazos! ¡No faltaba más!...

«Raíces sentí brotar, que de mis plantas
se agarraban firmísimas al suelo...»

Leer *El gran galeoto* más de una vez es delito imperdonable, sea cual fuere el lugar del mundo donde uno se halle. Pero releerlo y hasta aprendérselo de memoria en Irún, no sólo es disculpable, sino que supone condiciones excepcionales de humorismo. ¡Lo declaro con orgullo! Durante los días de aquella semana ejemplarísima, ni un instante el famoso drama de Echegaray se separó de mí. Era mi biblioteca y también mi cuaderno de notas. En él anotaba mis impresiones. Con él saludaba á los trenes y despedía á las barcas y me quitaba el sol de los ojos.

Dios, «el buen Dios», amigo de los desheredados, no siempre favorece á los hosteleros. Digo esto porque una tarde, en el preciso momento en que el cartero llegaba al hotel con «la letra» de *Claudio Frollo*, yo salía, y así nadie supo que el correo me llevaba dinero. Respiré. De pronto, lo que hasta entonces fué para mí cárcel, se trocaba en camino; ya podía huir. Sin detenerme, subí á mi cuarto, guardé mis cachivaches de aseo, é inmediatamente corrí á negociar la letra. El importe del giro creo que ascendió á un franco. Con la alegría de tener dinero, desoí las voces de la prudencia y compré tabaco y cerillas, y me fortifiqué el ánimo con dos ó tres copitas de Pedro Domecq, que al cabo, la filosofía optimista antes nace del estómago que del cerebro. Todo reía á mi alrededor: el cielo azul, el campo, el mar, los montes nevados. ¿Pagar la fonda?... ¡Ni por pienso! Hubiera sido una honradez suicida. Otro día...

Resuelto á cometer esta pequeña travesura, me dirigí con gentilísimo vaivén de pies hacia el puente tendido sobre el Bidasoa. En su comedio, es decir, en la línea donde España concluye y Francia empieza, unos gendarmes, bigotudos y foscos como los que intervienen en las farsas guiñolescas, me detuvieron.

—¡Alto ahí! No se puede pasar.

Hice un gesto de sorpresa.

—¿Cómo? ¿No puedo pasar?

—No, señor.

Designé con un gesto el ejemplar de *El gran galeoto*, que llevaba en la mano, como si fuese una *Guía del Viajero*, y miré al paisaje con expresión candorosa y entusiasta.

—¡Pero, señores, si soy un *turista*..., un simple *turista* que va dando un paseo!...

—Lo comprendemos, pero la orden es terminante; por aquí nadie pasa.

Entonces retrocedí, salí del puente y, echando por una cuesta abajo, llegué á la orilla del río. Allí, como esperándome, había un barquero.

—¿Cuánto quiere usted por llevarme á la otra orilla?—le pregunté.

El interpelado me miró inquisitivamente; pensaría habérselas con un anarquista; pero mi gabán y mis botas de charol debieron de darle buena idea de mí.

—Lo que usted quiera—repuso empuñando los remos.

—¿Diez céntimos?

—Diez céntimos.

Cuando pisé «la otra orilla»; es decir, cuando estuve en tierra francesa, respiré mejor. Eché á correr ribazo arriba, llegué á la estación de Hendaya y metí la cabeza por la ventanilla de los billetes.

—¿Cuánto vale una tercera para París?...

No sé lo que me dijeron, pero recuerdo que me faltaban tres ó cuatro francos. ¡Qué conflicto! Serían las cinco de la tarde y el tren de España pasaba por allí una ó dos horas después.

—Lo esperaré andando—pensé.

¡Pobres botas!... Heroico, con el equipaje debajo del sobaco izquierdo y *El gran galeoto* en la mano derecha, como un bordón, emprendí la marcha. Aquello era echarse el pasado á la espalda. Caminaba sin mirar atrás y respirando á pleno pulmón el aire de Francia; la idea de que, por momentos, el fondista de Irún quedaba más lejos, ¡siempre más lejos!..., me hacía feliz. Así llegué, ya muy entrada la noche y medio descalzo, á San Juan de Luz.

¿Obré mal?... Evidentemente yo debí abonar mi cuenta al posadero de marras; pero si le hubiese confesado la verdad de mi situación, ¿me habría dejado partir? En medio de aquella fuga sólo las palabras proféticas de «Ernesto» me consolaban; las palabras, precisamente, con que *El gran galeoto* termina:

«... ¡Que en su día
á vosotros y á mí nos juzgue el cielo!»

Eduardo ZAMACOIS




Los integrantes de Nacional, equipo que venció, luego de reñidas acciones, a Defensor


Los violetas, que resultaron vencidos en su match con Nacional


E. Fernández apura a la defensa "sudamericana"

Deportes


Ramos, Sacur y Parma, de Sud América, impiden la "entrada" de Ciocca y Enrique


Larrosa, el golero de River, detiene con seguridad un fuerte tiro, mientras Sarni, de Peñarol, está atento a la jugada



Ciocca, solo frente al arco de Sud América, se dispone a marcar el goal



CUADRO DEL PINTOR JUAN M. BLANES EN COLABORACION CON EL MARINISTA DE MARTINO, DEL Sr. FERNANDO GARCIA



EL 25 de Diciembre de 1871 despertó la población de Montevideo y Buenos Aires sobrecogida por la noticia de que el hermoso paquete a vapor "América" ardía como una inmensa hoguera a 25 millas de Montevideo.

No se ha registrado en el Río de la Plata catástrofe más terrible, agravada por la circunstancia de que las familias porteñas, aprovechando la estación de baños y las fiestas de Navidad y Pascuas, habían completado la capacidad del vapor y lo mismo acontecía con el "Villa del Salto" que salía a la misma hora de Buenos Aires y con idéntico destino.

Parece deducirse de las crónicas aparecidas en los diarios de la época, que ambos vapores se hacían desde tiempo atrás una manifiesta competencia con respecto al transporte de pasajeros, pero la coincidencia de salir esa noche, casi al mismo tiempo, en dirección a Montevideo, aquella rivalidad de mostrador se tradujo en competencia de velocidad.

El primero en largar sus amarras fué el "Villa del Salto" y así siguió durante un gran trecho del camino; el "América" lo seguía de cerca sin poder darle alcance, a pesar de que por las chimeneas de este último salía una densa columna de humo, que denunciaba a las claras el deseo de hacer la verdadera reclame del barco, saliendo último de Buenos Aires y llegando primero a Montevideo.

Ya habían sonado las 12 de la noche: el "Villa del Salto" continuaba en la delantera y, según parece, los propios pasajeros animaban al capitán Bartolomé Bossi a que debía aumentar el fuego y levantar mayor número de libras en la presión de las calderas, aumentando así la velocidad del "América", consiguiendo de este modo, dominar a su contrincante ocasional.

No ha podido especificarse si el capitán Bossi ordenó realmente a los foguistas echar más carbón en las hornallas, pero lo cierto fué que el "América" aumentaba su velocidad y a la hora 1 y 1|4 había ya pasado al "Villa del Salto", marcando en sus manómetros 37 libras de presión.

Sólo media hora más había transcurrido cuando se produjo la ruptura de los caños del vapor y momentos después el fuego se mostró de improviso y violento por las dos puntas del buque, a proa y a popa, incomunicando ambos extremos e invadiendo todo con irresistible vehemencia, favorecido por un casco todo de madera reseca, que le hacía arder como una tea.

El capitán Bossi, ante la gravedad de la situación, no atinaba a dar una orden y de las declaraciones de algunos testigos se desprende que fué el primero en arrojarse al mar, munido de un salvavidas, lo que equivalía a decirle a los pasajeros y a la tripulación: "Sálvese quien pueda".

Unos y otros empezaron a obrar por cuenta propia, tirándose al mar, sin poder bajar los botes, desarrollándose allí las más trágicas escenas.

El "América" cubierto en llamas iluminaba el estuario y los náufragos luchaban desesperadamente por una tabla, por un salvavidas, por cualquier objeto que los ayudara a mantenerse a flote.

Fué en esos momentos que se produjo el sacrificio sublime de don Luis Viale. Nadaba cerca de él, el Dr. Augusto Marcó del Pont, diputado joven e inteligente, haciendo esfuerzos sobrehumanos por mantenerse a flote y ayudar a su hermosa señora doña Carmen Pinedo, extenuada ya y a punto de ahogarse. El Sr. Viale que se había munido de un salvavidas, se lo quitó lo entregó a la pareja zozobrante. El Dr. Marcó del Pont lo pasó por debajo de los brazos de su señora y el Sr. Viale se ahogaba a los pocos minutos, lo mismo que el Dr. del Pont. La señora fué recogida por el "Villa del Salto".

Otra acción heroica fué la del señor Rohl, que se mantuvo en el agua tres horas, con su señora y tres hijos menores, rendido de cansancio y en la imposibilidad de salvar a todos, se le presentó el dilema terrible de los hijos o la señora, optando por esta última, que más tarde perdía la razón llamando continuamente a sus hijos.

La señorita Elvira d[...] jó al mar en un acc[...] madre, tratando de [...] tras ella, muriendo [...] abrazo.

"Tribuna" de Bueno[...] la señora de Segundo [...] arrojado al mar desde [...] mentes; su esposo y [...] Guiraldo estaban junt[...] una de las ruedas del [...] hacía rato, que el ca[...] sentir en la infeliz ma[...] dió a Guiraldo que la a[...] más inmediato a ella, [...] me, más pudorosa que [...] tió que ninguna mano [...] cuerpo, ni siquiera pa[...] Una ola levantó en un [...] tidos, dejando desnudas [...]



AL Sr. LUIS VIALE, QUE
POR INICIATIVA POPULAR,
ABNEGACION, EN EL CE.
RECOLETA Y QUE LUEGO
RGENTINO TRASLADO A LA
LA COSTANERA

EVIDEO, POR
N LA EPOCA





LA CATASTROFE DEL "AMERICA" PUBLICADA EN "EL AMERICANO" DE PARIS, QUE DIRIGIA EL Sr. HECTOR F. VARELA

(De la colección del Sr. Roberto Pietracaprina)

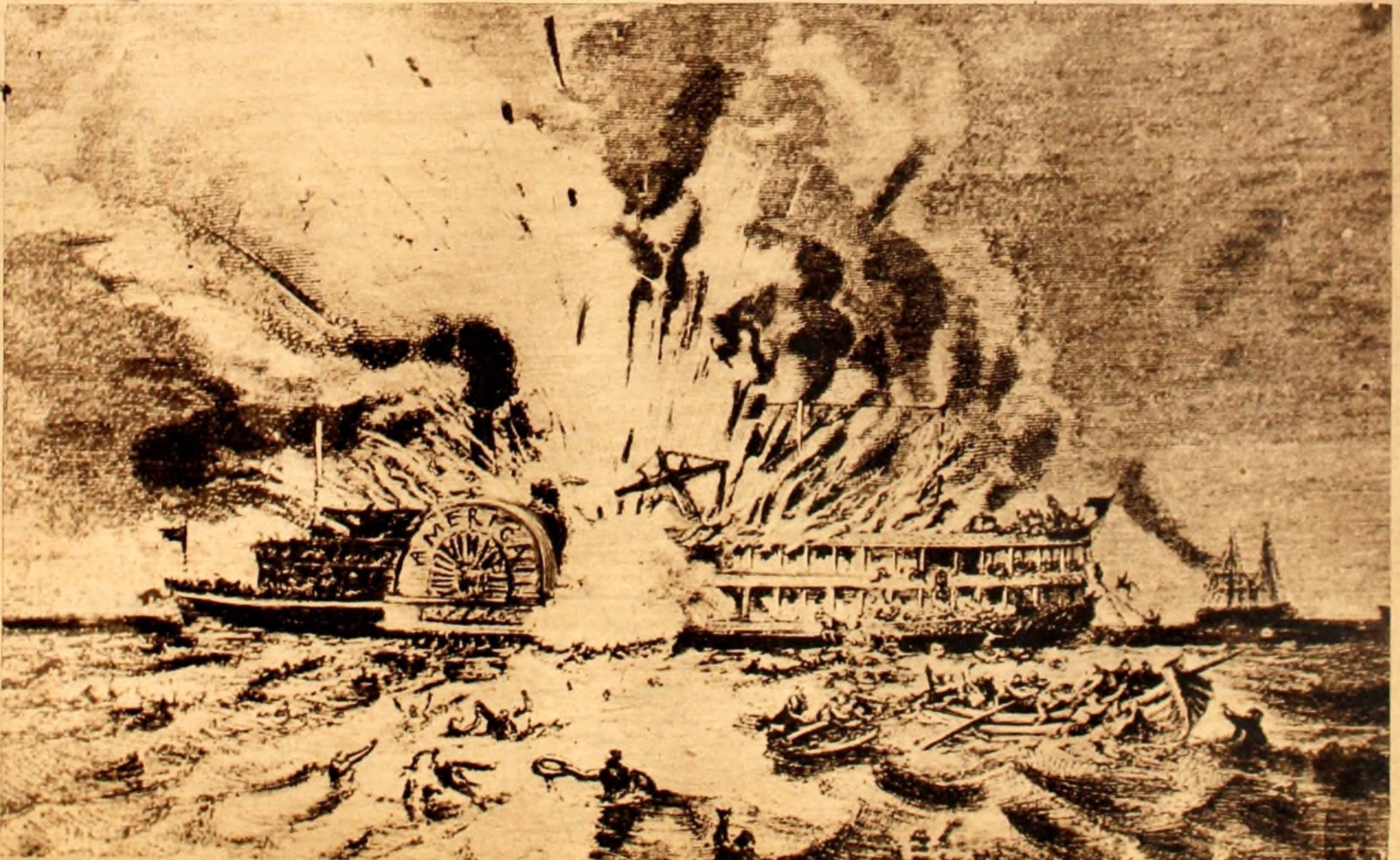
EL PAVOROSO INCENDIO del "AMERICA"

soltando el apoyo que la sostenía a flote, por un rasgo de pudor magnífico, instintivo, pero fatal, volvió sus manos para tomar sus ropas para ocultar su cuerpo a las miradas de los náufragos.

Sin que nada la sostuviese, fué alejada por el mar del costado del buque pidiendo a su marido que no la abandonase. El esposo oyó la súplica, se precipitó hacia ella y ambos fueron a confundirse en el fondo de los mares como habían vivido confundidos en la vida".

A todas estas escenas desgarradoras, debe agregarse el desconsuelo de las víctimas, al advertir que el "Villa del Salto" que pasó a unos cien metros de distancia, en el momento de la explosión siguió su camino, sin advertir ni apercibirse de la catástrofe que ya preludaba en el "América" y recién a las 5 de la mañana llegó al lugar del siniestro, que sería a 20 millas del Cerro de Montevideo.

En el cementerio de la Recoleta, en Buenos Aires, se levantó por suscripción popular en ambas capitales, un monumento a la memoria del inmortal don Luis Viale, en que éste aparece de pie en la borda del vapor, en el momento de echarse al agua, amparado con un salvavidas.



'AMERICA''
ACION'' DE



El drama de un hombre vago





La situación de Hermógenes Tirado en esta vida no podía ser más desairada. Era una criatura excepcionalmente desdichada, que parecía constituida temperamentalmente para la infelicidad. La mayor parte de los mortales pueden aspirar a esa relativa felicidad que cabe a los humanos en este mundo. Hermógenes, no. La vida de Hermógenes estaba colocada fuera de esa órbita en la que giran las vidas de la mayor parte de los hombres. Era tristísimo. Pocos lo comprendían; pero él se daba cuenta perfecta de su incapacidad para ser feliz en esa medida exigua, pero ciertamente estimable que a los demás, en general, les es dada.

Aparentemente, Hermógenes era como todos los hombres. No se le notaba ninguna diferencia biológica con respecto a sus semejantes. Podía tener las narices más o menos grandes que otros, los ojos más o menos claros, la estatura más o menos elevada; pero las diferencias no pasaban de ahí.

Sin embargo, había en él algo distinto que se manifestaba en lo íntimo de su personalidad tan clara y definitivamente que a él no le dejaba lugar a la menor duda. Digámoslo de una vez: Hermógenes estaba absolutamente indotado para el trabajo; no podía trabajar. El propósito de trabajar era superior a sus fuerzas, a su voluntad y a su razón. En este aspecto de su personalidad se hallaba el infeliz en la más triste de las orfandades.

Era, según la opinión indocta del vulgo, un vago, lo que se dice un vago recalcitrante. Para el mundo, pues, Hermógenes era simplemente eso que suele enunciarse con ese vocablo despectivo, estigmatizante que se escribe y se pronuncia así, en castellano: ¡Un vago! Para su conciencia, para la propia conciencia de Hermógenes, era, desgraciadamente, un indotado, un pobre hombre tullido, romo de esa facultad del trabajo que poseen otras criaturas más o menos desdichadas que él.

Por otra parte la sociedad —Hermógenes lo sabe por dolorosísima experiencia— no ha llegado a ese grado de cultura necesario para comprender su drama. La sociedad apenas si llega hoy día a compadecerse de un hombre al que le falta una pierna, ante una de esas mutilaciones materiales que saltan a la vista, que tienen una expresión puramente material. No pasa de ahí. Todavía no ha acertado a llegar a ese estado de perfección que le haría estremecerse de piedad ante un hombre que, como Hermógenes, carece de capacidad para el trabajo lo mismo que otro puede carecer de un brazo.

El pobre Hermógenes, en este ambiente social, se sentía menospreciado, incomprendido. Las personas más allegadas a él no eran las menos cerriles para su desgracia. Su familia era la primera que, al verle caído en la más triste de las ociosidades, le maltrataba. Especialmente la incomprensión de su mujer solía llegar frecuentemente al denuesto. A cada momento le afeaba su desgracia, llamándole vago con el tono más ofensivo que encontraba entre los registros de su voz. Eran inútiles las racionales alegaciones de Hermógenes.

—¡Vago, vago! —solía protestar.

—Eso no es una definición demasiado científica, mujer. Eres injusta, compréndelo. ¡Qué más quisiera yo que poder trabajar! Llámame indotado. Es más elegante y más justo.

Pero su mujer no quería oir siquiera semejantes razonamientos. Ante ellos, lejos de rectificar, se exacerbaba. Alguna vez llegó a agredirle.

Por otra parte, a Hermógenes le faltaban argumentos aptos para ser valorados en un ambiente social tan poco progresivo. En alguna ocasión que había intentado una exposición científica de su caso había sido atajado desconsideradamente por los que le oían en éstos o parecidos términos:

—Todo eso son chanfainas. Tú te has propuesto vivir sin trabajar y nada más.



A otros muchos no les hace gracia tener que trabajar y, no obstante, trabajan.

—Es que esos no están indotados del todo. Mi caso es un caso agudo.

Lo cierto era que con estas discusiones únicamente consiguió que le tomaran por cínico. Era para desesperarse. Por todas partes chocaba con verdaderas murallas, levantadas por la incomprensión y la ignorancia.

Pero vino la República a España hace unos años y con la República vino una legislación sobre la vagancia que, ciertamente, en opinión de Hermógenes, era muy necesaria. Los vagos temperamentales estaban abandonados hasta entonces por los Gobiernos. La sociedad seguía su camino con un olvido tan absoluto como lamentable de los pobres vagos. No sólo no se les atendía. Es que la sociedad organizada procedía como si no existieran, lo cual era el mayor de los desprecios.

Hasta los ladrones habían sido tenidos en cuenta en la organización social. Los legisladores se habían acordado de ellos y se habían impuesto la tarea de construir leyes y códigos para ellos exclusivamente y también cárceles y presidios magníficos. Cientos de jueces trabajaban diariamente en sus despachos en los asuntos de los ladrones y de todos los demás delicuentes. Unicamente los vagos discurrían por la vida abandonados enteramente, despreciativamente.

La legislación sobre la vagancia vino, pues, a llenar un hueco, como suele decirse en las propagandas de los productos comerciales. Se dictaron leyes exprofeso para los vagos y se proyectaron colonias para ellos.

Entonces comenzó a cambiar la triste vida de Hermógenes. Aquello era ya otra cosa. Un vago tenía ya una personalidad social definida en una serie de leyes y disposiciones. Un vago no era ya esa cosa indefinida y despreciable contra la que se atrevía todo el mundo. Su personalidad podía sostenerse ya en un cuerpo legislativo nada menos. Hermógenes comprendió que en cualquier momento podía alegar:

—Sí, señor; mi caso es un caso de vagancia integral previsto en el artículo tal apartado cual de la disposición del Ministerio de la Gobernación, fecha de tantos complementaria de la ley votada por las Cortes el día tantos de tantos.

Y Hermógenes se sintió fuertemente apoyado desde aquel momento en todas aquellas magníficas previsiones. El hombre levantó la cabeza. Ya no se creyó obligado a ocultar su condición de vago. Por el contrario, si llegaba el caso la proclamaba orgullosamente. No se marchaba de casa cuando su mujer arremetía contra él como otras veces.

—Poco a poco—se oponía—. Menos chillar. Conste que soy un vago casi casi constitucional.

Se sentía un vago legal, al margen de cualquier impertinencia y de cualquier opinión ligera. Experimentó la sensación de que su angustioso drama se había desvirtuado, se había difuminado fundido en un cuerpo de disposiciones de orden legislativo. Y la vida comenzó a sonreirle y a mostrarle en lontananza unas nubecillas rosadas que eran desde aquel momento como el nuncio de una lluvia con la que fructificaría en su alma la felicidad que hasta entonces tuvo vedada.

Su personalidad tenía ya un sentido social concreto. Era un vago previsto por las leyes. Socialmente ser vago era, pues, una cosa lógica cuando menos. Antes carecía de argumentos ante la sociedad para ser vago.

Así, pues, Hermógenes se afirmó en su personalidad de hombre que no trabaja ni piensa trabajar en toda su vida, y anduvo por la vida más desenvueltamente, pisando con aquella firmeza que antes le faltaba. Y llegó a ser feliz.

GARDENIO.

SCHOPENHAUER

¡Viejo Schopenhauer, doloroso asceta,
siniestro filósofo y amargo poeta!
¿Por qué me dijiste
que el amor es triste, que el bien es incierto;
por qué no ocultaste que el mundo es tan triste?
... ¡Aunque sea cierto!

Yo amé á las mujeres. ¡Oh, carne fragante,
senos en flor, dulce misterio sensual!
¡Yo amaba la gloria divina y distante
envuelta en un mago fulgor de ideal!
Yo amaba la vida
pero tú dijiste que todo es dolor,
que el amor es carne sensual y podrida
¡y ya nunca tuve ni gloria ni amor!

Y ya por el mundo voy igual que un muerto,
tu voz emponzoña todo lo que existe.
Dime, viejo horrible, aunque sea cierto
¿por qué no mentiste?

Agreste filósofo de las negaciones,
yo era soñador y crédulo y fuerte,
tú has roto el encanto de mis ilusiones
y me das la fría verdad de la muerte.

Dice tu profunda y amarga verdad:
Vivir es dolor y angustia el amor.
¡Triste humanidad
amar es hacer eterno el dolor!

¡Oh sabiduría cruel y adolorida!
¡Amor es dolor!
Pero sin amor
¿qué importa la vida?

Viejo Schopenhauer, triste enamorado
de la Muerte, acaso, tú ¿nunca has amado?
¿No lloraste nunca de excelsa emoción?
¿O es que amaste demasiado
y aún sangra tu macerado
corazón?

Amargo poeta ¿por qué me dijiste
que el mundo es dolor, que el bien es incierto?
Ya toda la vida mi alma estará triste.
Dime, horrible viejo, ¿por qué no mentiste?
... ¡Aunque sea cierto!

EMILIO CARRÉRE

Cines

Helen Twelvetrees en nuevas películas de la FOX.

Myrna Loy.

Helen Hayes en "Vuelo Nocturno".





"LE SIMOUN" O LA GARRA DEL CLIMA



HENRI R. LENORMAND
(Grabado en madera original de A. P. Gallienne)



diez años de distancia, la misma pieza apenas retocada, adquiere un exito mucho más firme y una repercusión mucho más vasta. "Le simoûn", el quemante drama de Lenormand, se representó por vez primera en un teatro de París, en 1920. No obstante el prestigio de Firmin Gimier, que hacía su protagonista, la autoridad de Gastón Baty, que lo puso en escena, y la materia fuerte y original que contiene la pieza, fué entonces recibida con respeto por la crítica, pero sin que su llegada a las tablas se comentara más allá de un pequeño círculo de gente de letras, ni se prolongara mucho más de un número contado de representaciones. A los diez años, hace apenas un mes, ha vuelto a subir a otro escenario parisiense y ha llegado al público con la novedad de un estreno. Prueba ello dos cosas, aunque un poco ilógicas, bastante comunes en el teatro: que cuando se representó por vez primera pasó casi inadvertida, y que fueron necesarios diez años para que la fama creciente del autor hiciera reparar en los valores de su obra. La pieza era casi la misma. Tiene que ser muy poco lo que se le ha modificado; y así puede afirmarse con la primera versión a la vista y las referencias que llegan sobre la segunda. El número de sus cuadros apenas cambia en uno y el relato de su trama es igual, según se desprende de las crónicas que cuentan su argumento. Quiere decir que fué necesaria la acción del tiempo para hacerla pasar de una curiosidad de crítica a un éxito de público. Y es que la carrera lenta de "Le simoûn" compendia con comunicativa elocuencia la ascensión paulatina de su autor. Henri de Lenormand es muy poco conocido en Buenos Aires, como no sea de las contadas personas que leen teatro y se han procurado sus ya cinco tomos de obras completas. Una única pieza suya se ha representado en nuestros escenarios. Durante la temporada de hace dos años se dió a conocer en el Odeón "Le temps est un songe". La pieza, honda, triste y envolvente, dejó al terminar una impresión desasosegada y fuerte. Fué, sin duda, el estreno de más calidad artística de esa temporada, lo que no impidió que unas niñas de pestañas largas salieran del teatro diciendo que nunca se habían aburrido tanto. Y esto que le ocurrió en Buenos Aires con la única pieza suya que hasta ahora aquí se ha representado, le ha sucedido a Lenormand en París con la mayor parte de sus obras. En ese mismo año de 1920 recién conseguía, después de muchos anteriores esfuerzos infructuosos, estrenar en teatros de mediano cartel. Pero si conseguía estrenar, no lograba atraer auditorios numerosos. La vida escénica de sus obras rara vez iba mucho más allá de las críticas inmediatas. Era original, era sobrio, era nuevo; vale decir, que sorprendía sin divertir. Sus piezas se consideraban desconcertantes y aburridas. Los que van al teatro a divertirse le reprochaban el sabor amargo de sus asuntos y de sus personajes. Y se le resistía. Pero si había una enconada resistencia en el público, había también en sus obras materia, ideas y emoción para imponerse poco a poco a la inteligencia y, acostumbrándola, a la sensibilidad. Y Lenormand, autor discutido de teatro experimental hace diez años, es hoy, si no escritor de gran público, tal vez el autor más respetado de Francia. Se le considera el más hondo y el más nuevo; el que produce con más inquietud y con más originalidad. Muchas veces se ha repetido en otros autores la historia de Lenormand. Es la de todos los que vienen a renovar y son acogidos, primero con sorpresa; después, poco a poco, con una lenta y razonada convicción. Es, para citar el más cercano, el mismo caso de Henri Becque. Cuando apareció el austero maestro, no sólo su agrio drama de "Les corbeaux", sino hasta su admirable comedia que es "La parisienne", fueron enconadamente resistidos. Fueron necesarios los años para que se le comprendiera como el más sobrio dramaturgo de Francia. Y hoy, cada vez que se repone "La parisienne", todos los públicos, hasta los más frívolos, van a celebrar la concentrada espiritualidad de sus escenas. Tal vez llegue a lo mismo este teatro amargo y un poco torturante de Lenormand; y, como sucede siempre cuando la consagración arriba y la fama se propaga, tal vez hasta las niñas de pestañas largas salgan de ver sus obras diciendo que se han emocionado mucho.

♠ ♠ ♠

Así parece que ya va sucediendo con "Le simoûn", y así parece que empieza a imponerse con la ayuda de la fama, cada día más amplia de su autor, en su emoción ardiente y sensual. Es el drama de un europeo que vive en una colonia africana, deformado en su mentalidad por la lejanía y el aislamiento y atenaceado en sus sentidos por el clima enervante del trópico. Lo mina la lucha con el medio hostil, con las costumbres distintas, con las artimañas intrincadas de los hombres que viven alrededor del desierto. Lo desesperan el aire de fuego, el viento quemante y la tierra caldeada, que forman su atmósfera irrespirable. Y lo envuelve, en complicidad con los elementos de la naturaleza, simbolizando sus tentáculos lujuriosos, una mujer, Aiescha, inquietante compañera de techo y de exaltaciones. Es una mestiza de español y de árabe, que compendia el ardor de una raza y la sapiencia amorosa de la otra; que sabe querer con entusiasmo de avalancha y con habilidad de caricias. El europeo no está enamorado; está sometido. No la quiere, porque no hay ternura en su unión; ni siquiera la estima, porque la sabe capaz de mortificarlo y engañarlo. Pero está encadenado a su piel de ébano y a sus labios sinuosos. En el sopor de la noche africana, cuando las estrellas, en el cielo clarísimo, brillan como luces y las luces de la ciudad blanca se encienden con lejanía de estrellas, las músicas se oyen distantes y ondulosas y el aire enardece como un aliento de mujer, y el suelo quema como el contacto de un cuerpo, el hombre no puede estar solo. Entonces, la mestiza, dorada como las arenas del desierto, se apodera del europeo y lo hace su presa en la noche alucinante. Pero el europeo tiene una hija, único fruto de su breve matrimonio, que hace venir contra la voluntad de la compañera. Absorbente y desconfiada en su ardor salvaje, la mestiza teme que la muchacha le haga perder el cariño del hombre. Mientras tanto, en éste se va produciendo un extraño efecto psicológico, al que no es ajeno el medio tentacular que viven los personajes. La hija que llega y a la que el padre casi no ha visto, tiene un extraño parecido con la madre. El europeo conserva de su mujer un recuerdo doloroso, pero arraigado. Se separó de ella al poco tiempo de casarse, porque lo engañaba visible, desgarradoramente. Pero es la única mujer a quien en realidad ha querido en su vida. La hija, que no ha conocido como hija, y que cuando la ve por primera vez la encuentra ya formada, se le presenta entonces como la aparición de la madre que quiso con ardor insatisfecho. Hay en el hombre una lucha entre la ternura paternal y las otras fuerzas que reviven, tenaces, a la mujer de hace veinte años. Y en la lucha tercian otros elementos que conspiran contra la noble naturaleza del europeo. Aiescha, que recibió a la muchacha con impulsos de fiera, se ha amansado en la suavidad aparente de la raza milenaria; pero ello sólo es una estratagema para cultivar con más eficacia los sentimientos que ha visto asomar en su hombre. Y el clima enervante, la penumbra propicia, la atmósfera cómplice, todo lleva al europeo, una noche en que el simún pone en las almas su huella salvaje, a ver en su hija sólo a la mujer que deseó hace veinte años, que siguió deseando incesantemente en sus vigilias de desterrado, y que ahora siente, como si la vida hubiera vuelto a entregársela. Y ante el cuadro que ella misma ha preparado, Aiescha hiere de muerte a la muchacha y escapa hacia el desierto, mientras el simún sopla recio, como un fuego que alimentara la tragedia.

Por encima de la intriga, si se quiere hasta un poco excesiva, pero en armonía con el tema y con el ambiente, se percibe, aguijona y se infiltra en "Le simoûn" una atmósfera sobrecargada de sensualismo y de trópico, que es más que sus personajes, su verdadera e impalpable protagonista. Es el mayor acierto, el grande, por momentos hasta el agobiante acierto de Lenormand. Desde que el telón se levanta sobre la siesta lacia, una atmósfera de modorra y de sensualismo, de pesadez y de lujuria, envuelve al espectador como a los personajes. En ese don maravilloso que tiene este autor de infiltrar atmósferas, de hacer vivir sus climas, lo mismo la interminable bruma nórdica que los atardeceres cargados de deseos, todos los detalles contribuyen a inocular el ambiente. Todo en "Le simoûn" destila una inquietud de mujer. Los cuadros de interior sólo se avivan cuando una mujer tiende su cansancio sobre el diván suntuoso; los pasacalles son pobres, desvencijados hombres corriendo tras el amor que se compra; en la noche inmensa sólo se oyen las músicas lejanas que mueven a las bailarinas mercenarias y el hilo de voz desfalleciente de la mujer que se desea y las telas finísimas, hechas para el aire irrespirable, están hechas también para marcar las formas y transparentar las líneas. Todo, el aire quemante y el bochorno de la atmósfera, las sombras que se dibujan y los movimientos lánguidos, el cielo transparente y la tierra jalda, todo es molicie, ardor y desasosiego en la noche africana, experta y envolvente como una hetaira.

♠ ♠ ♠

Hay, en todo el teatro de Lenormand, tres fuerzas que lo gobiernan y mueven como hilos a sus personajes: el destino inapelable, la influencia de la organización social y la huella del medio físico. Los tres elementos están presentes en todos sus dramas, manifestándose cada uno de ellos con mayor intensidad en cada una de sus obras. En "Les ratés", que fué su primer gran éxito y que sigue siendo su pieza más característica, la pareja que constituyen sus dolorosos protagonistas va rodando de peldaño en peldaño, encadenada a esa organización social que los va haciendo desilusionarse y claudicar hasta perder toda delicadeza después de haber perdido toda esperanza, por la necesidad y el único medio de proveer a su sustento, que la sociedad les deja. En "Le lache", es sobre todo el destino indesviable el que maneja a ese personaje que, después de haber hecho todo lo posible pára huir a los peligros de la guerra, se ve mezclado a ella en sobresaltos todavía mayores. Y en "Le simoûn", es en parte el destino que los precipitó ciegos en la tragedia; en parte también, el medio social, presente en la diferencia de las costumbres africanas que deforman poco a poco la mentalidad y hasta los sentimientos del europeo; pero es, sobre todo, el medio físico, el sopor del clima, el aguijón sensual de la atmósfera, lo que transforma a los seres y desencadena las pasiones. En esta parte, es donde la obra adquiere su inigualable valor. Ningún autor moderno ha hecho sentir la naturaleza con la fuerza de Lenormand, que, al proyectarla sobre sus escenas, les imprime una intensidad de tragedia griega. La naturaleza, en las obras de Lenormand, y en ésta sobre todo, flota en el aire y vibra en las almas. Por eso las sacudidas de sus personajes son tan violentas; y por eso su teatro tiene una grandeza como la fuerza inconmensurable que le da vida.

OCTAVIO RAMIREZ

Milonga del Destino

Aquí me pongo a cantar
los cantos de mi región;
al par que voy madurando
se acriolla mi corazón.

Mi canto es fruto silvestre;
soy el árbol payador;
bajo el cielo, al aire libre,
madura al sol mi canción.

Por eso es roja y es verde;
agridulce de sabor;
tiene el verdor de la tierra
y tiene el rojo del sol.

Vivo en estado de canto;
soy el árbol payador:
por la boca de mis frutos
mi raza da su canción.

Aunque las hachas me corten
he de verdecer igual,
con más verdor y más fuerza
como carne vegetal.

Mientras me quede raíz
renovaré mi verdor;
no hay verano que lo seque:
le está destinado a Dios!

Fernán Silva Valdés



CANTOR (tierra cocida)

Los Grandes Escultores Franceses
Josepf Bernard.



BUSTO en marmol de Sienne.



Del monumento a Miguel Servet (Fragmento)

del Mundo



Maniobras de aviación

Uno de los grandes aviones de guerra de Francia realiza maniobras sobre el aeródromo de Le Bourget, durante las prácticas recientemente efectuadas por las fuerzas aéreas francesas.

Los dos timoneles que tomaron parte en la Copa América



T. O. M. Sopwith (derecha) timonel del "Endeavour", barco inglés que tomó parte en la Copa América, se estrecha las manos con el timonel americano Harold Vanderbilt (izquierda) el día antes de la primera regata de la Copa.



UNA VISTA DE LA CALLE DE CLAREDON TOTALMENTE INUNDADA POR LAS AGUAS A CONSECUENCIA DEL TERRIBLE TEMPORAL QUE AZOTO RECIENTEMENTE EL BARRIO DE TEXAS PANHANDLE, EN ESTADOS UNIDOS



UNA FIESTA DE "COCUS"

En Servon (Marne) se realiza anualmente una curiosa fiesta que data de la época de la Restauración, en "honneur des cocus" que, a juzgar por la manifestación, no son pocos, hombres y mujeres, y parecen de bastante buen humor. Obsérvense los atributos del cartel que enarbolan como un pendón, al frente de la divertida columna.

KÖNIGSBERG



CASTILLO DE KONISBERG



EL RIO PEGEL



EL RIO PEGEL como puerto de productos agrícolas. En el fondo la Universidad vieja

...IGSBERG, LA FAMOSA CAPITAL DE LA PRO... DE PRUSIA ORIENTAL, HA SIDO FUN... OR LOS CABALLEROS DE LA ORDEN ...ICA ALLA POR EL AÑO 1255. SU PO... ESTRATEGICA FAVORABLE LE ASEGU... DESARROLLO RAPIDO Y HOY ES EL ...DERO CORAZON DE UNA PROGRESISTA ..., APRECIADA POR LA LABORIOSIDAD ... AGRICULTORES, LOS EXITOS ADMIRABLES DE SUS GANADEROS, LAS SIEMPRE NUEVAS IDEAS DE SUS INDUSTRIALES Y LA BELLEZA DE SUS LAGOS Y MONTES. EL HERMOSO CASTILLO CON SU GRAN SALA DE LOS MOSCOVITAS EMPEZO A CONSTRUIRSE EN 1257; LOS VETUSTOS DEPOSITOS A LO LARGO DEL RIO UREGEL, SEÑALES DE UN COMERCIO FRUCTIFERO SECULAR, SON TESTIMONIOS VIVOS DE LA SOBRESALIENTE IMPORTANCIA DE ESTA PLAZA ANTAÑO Y HOY. SU IMPONENTE DOMO DE ESTILO GOTICO PURO DATA DEL AÑO 1333 Y SU UNIVERSIDAD DE FAMA MUNDIAL DE 1544. ENSEÑO EN ELLA EL PROFESOR FILOSOFO KANT; SUS RESTOS DESCANSAN BAJÔ LAS ESBELTAS COLUMNAS AL CIELO ABIERTO SEMBRADO DE ESTRELLAS, CUYA PROCEDENCIA Y VIDA HA QUERIDO ESCUDRIÑAR. CORONOSE AQUI, EN 1701, EL PRIMER REY DE PRUSIA Y AQUEL OTRO, EN 1861, QUE EL DESTINO RESERVO PARA SER EL PRIMER EMPERADOR, EN 1871, DEL IMPERIO ALEMAN. LA VECINDAD DEL MAR, LOS MODERNOS BALNEARIOS, LAS MINAS DEL AMBAR, LAS EXTENSAS SELVAS SECULARES, LAS TRANQUILAS AGUAS MASURIANAS, LA PESCA, LA CAZA, LA OBSERVACION DE LA NATURALEZA VIRGEN ATRAEN AL FORASTERO Y CONQUISTAN SUS ETERNAS SIMPATIAS...

Dr. J. SCHROEDER



ALMACENES CENTENARIOS A ORILLAS DEL RIO PEGEL, EN KONISBERG

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

BLANCOS HUMANOS























